

ÍNDICE

Prólogo 11

Introducción 15

I. Crisis 21

El origen inmediato de la crisis: hipotecas
y finanzas basura 21

El colapso financiero y la crisis de la economía
global 26

Burbujas, trampas, complicidad... y
testosterona 29

¿Por qué hablar de mujeres y de hombres cuando
hablamos de crisis? 39

II. Lo que de verdad hay detrás de la crisis 47

La financiarización 47

La crisis de los setenta y la respuesta
neoliberal 51

La incorporación segregada de las mujeres
al empleo 56

Desigualdad y crisis financieras 59

Políticas deflacionistas y patriarcado en el origen
de la crisis 63

La desnaturalización de la actividad económica y de la vida humana	74
Una crisis sistémica	81
II. Mujeres y hombres en la gran recesión	85
Los efectos de la crisis	85
Disminución del ingreso	87
La crisis, el empleo y las relaciones laborales	94
Racionamiento del crédito y discriminación financiera	106
El trabajo no pagado en la crisis	115
Los daños colaterales de la crisis	122
Las respuestas de los gobiernos	132
IV. Otras respuestas a la desigualdad y la crisis	147
La desigualdad de género	147
Las causas de la desigualdad de género: un resumen general	154
La privatización de servicios públicos	157
Otro análisis económico	161
¡Hay alternativas!	169

«Para ambos sexos —y los miré pasar por la acera dándose codazos— la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Requiere un coraje y una fuerza de gigante. Más que nada, viviendo como vivimos de la ilusión, quizá lo más importante para nosotros sea la confianza en nosotros mismos. Sin esta confianza somos como bebés en la cuna. Y ¿cómo engendrar lo más de prisa posible esta cualidad imponderable y no obstante tan valiosa? Pensando que los demás son inferiores a nosotros. Creyendo que tenemos sobre la demás gente una superioridad innata, ya sea la riqueza, el rancho, una nariz recta o un retrato de un abuelo pintado por Rommey, porque no tienen fin los patéticos recursos de la imaginación humana. De ahí la enorme importancia que tiene para un patriarca, que debe conquistar, que debe gobernar, el creer que un gran número de personas, la mitad de la especie humana, son por naturaleza inferiores a él. Debe de ser, en realidad, una de las fuentes más importantes de su poder.»

VIRGINIA WOOLF, *Una habitación propia*,
Seix Barral, Barcelona, 1992, p. 50

PRÓLOGO

Hace medio siglo se inició en España una política económica basada en un Plan de Estabilización, entre cuyos resultados se registró, el primer año, una mejoría en las ganancias de los bancos a pesar de que el producto nacional sufría un descenso. Sorprendido por esa aparente contradicción cierto periodista, entrevistando al presidente de una gran entidad financiera, le preguntó cómo habían logrado aumentar sus beneficios en pleno declive general de la economía. La respuesta fue inmediata:

—No lo hemos podido evitar —contestó el personaje con una sonrisa totalmente candorosa, sorprendido a su vez por la ingenuidad del joven periodista. ¿Cómo no comprendía aquel muchacho que el contraste entre la pérdida nacional y el beneficio privado financiero respondía al orden natural de las cosas? En un sistema capitalista el poder lo detenta el capital y por eso funciona como la ruleta en los casinos: siempre acaba ganando.

Cuando escribo estas líneas —fines de 2009— los observadores de la vida económica y la mayoría ciudadana ya no ignora que de la crisis actual son culpables los grandes banqueros cuya irresponsable codicia rompió el saco. Muchos saben también que numerosos gobiernos han sido cómplices

por no atajar excesos y por legislar otorgando la máxima libertad a todas las operaciones, incluso las más abusivas. Algunos incluyen, además, en esa complicidad a los economistas y otros publicistas, autores de teorías pretendidamente científicas, dedicadas a justificar el descontrol de los mercados y la renuncia del estado a dirigir las economías nacionales pensando en el interés general y no en el de las minorías más poderosas. Y la verdad es, aunque parezca difícil admitirlo, que entre esos ideólogos del sistema los sigue habiendo a favor del libertinaje desregulado.

Esas cuestiones han sido tratadas ya por muchos autores, pero no todos han profundizado en la crisis actual hasta sacar a la superficie su complejidad y los diversos aspectos y sectores en los que repercute con diferente impacto, según los grupos de víctimas y las circunstancias de las operaciones. Los libros suelen tratar, por ejemplo, de las hipotecas basura, pero no siempre revelan que los operadores estadounidenses las ofrecían preferentemente a los negros e hispanos demandantes de crédito, en general más necesitados o menos avezados en las sutilezas de la contratación. Otro tema con frecuencia omitido o escamoteado es el aprovechamiento de las remesas de inmigrantes a sus países de origen, que lograban manipular a favor de sus intereses financieros. La discriminación contra las mujeres en el acceso al crédito o en la remuneración del trabajo, con otras actuaciones que las denigran y explotan sin escrúpulo alguno, figuran entre los problemas menos abordados.

Pues bien, todos esos temas y otros igualmente importantes se encuentran tratados con minucioso rigor y precisión en este libro de los economistas Lina Gálvez y Juan Torres, que me han honrado pidiéndome unas palabras introductorias. Aunque no atribuyo a estas líneas ninguna especial relevancia, he aceptado con gusto porque esta obra me parece magistral y digna de difusión. Sus diagnósticos son certeros, sus argumentos sólidos y bien documentados, y la

exposición es siempre clara al abordar cuestiones complejas, cuya lectura está facilitada por una rigurosa sencillez didáctica.

Todas esas cualidades se encuentran además puestas al servicio de una concepción global muy grata a mi permanente interés por el enfoque estructural del análisis económico. Los autores de este libro insisten reiteradamente en el carácter sistémico de la crisis. No es, por tanto, una avería en el sistema, sino el producto de su organización y mecanismos, hoy inadecuados. Una vez comprendido esto se abre la mente a la visión del proceso histórico. Toda sociedad, organismo vivo compuesto de individuos, evoluciona y en general, según explicó Darwin (cuyo centenario precisamente celebramos) decae cuando ya no responde a las exigencias de su entorno. El capitalismo, fecundo sistema en su nacimiento para aplicar nuevas fuerzas productivas por todo el planeta, no es ya adecuado para la demografía, la técnica y el pensamiento social del siglo XXI.

Por eso me siento menos confiado que los autores en las esperadas alternativas que, a mi juicio, no pueden brotar dentro del sistema pues, como escribió Antonio Machado, las sociedades no cambian mientras no cambien sus dioses. El Dios del capitalismo es el dinero, incapaz de refrenar el insostenible desarrollo del «más de lo mismo» que impulsan sus líderes. Pero esto me llevaría a apartarme del temario de este libro escrito por Gálvez y Torres que, repito, me parece ejemplar.

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

INTRODUCCIÓN

El 22 de febrero de 2009, el suplemento dominical del diario *El País* publicaba un amplio reportaje que llevaba un título que reflejaba claramente el efecto principal que la crisis financiera ha tenido en la economía española: «En paro».

Comenzaba con un titular en masculino, «Mi vida como parado», y su portada venía ilustrada con la fotografía de cuatro hombres.

Es verdad que en el texto del reportaje se mencionaban experiencias de mujeres paradas, pero no se puede negar que su iconografía era singularmente masculina y, por tanto, algo que inevitablemente lleva a pensar, al menos subconscientemente al ver la foto, que al hablar del paro se está hablando de un asunto que fundamentalmente tiene que ver con los hombres.

Sin embargo, en aquel momento, la Encuesta de Población Activa indicaba que en España había 1,69 millones de hombres desempleados (con una tasa de paro del 12,96%) y 1,52 millones de mujeres (con una tasa del paro del 15,14% mayor). ¿No es raro, entonces, que si prácticamente la mitad de los desempleados eran mujeres se pusiera una foto para reflejar la imagen del paro en la que solo aparecen hombres?

No creemos que se trate de una simple casualidad. Más bien pensamos que responde a un «estereotipo» muy ampliamente extendido del que apenas son conscientes la mayoría

de las personas y que consiste en creer que las cuestiones económicas son «cosa de hombres», como el brandy que anunciaban aquellos spots televisivos del franquismo, o las fotografías de las cumbres internacionales y los organismos de poder en los que se deciden asuntos que nos afectan a todas y todos.

Es un estereotipo que se manifiesta muy a menudo y en ámbitos muy diversos, en la publicidad, en la vida diaria, en la literatura, pero también en los análisis científicos.

Cuando contemplamos incluso someramente la vida social nos encontramos con diferencias entre hombres y mujeres (por ejemplo, en el menor salario que cobran cuando ocupan el mismo empleo, en las diferencias de tiempo dedicado al trabajo doméstico...) que no responden a sus posibles diferencias «naturales» o biológicas, sino a ese tipo de estereotipos, o a la diferente capacidad de decisión o de poder que tienen mujeres y hombres. Si fuesen diferencias simplemente biológicas podríamos llamarlas *de sexo*, pero como son de otra naturaleza se denominan *de género*. Con este término nos referimos, por tanto, a las diferencias entre mujeres y hombres que solo se explican por razones de tipo social o cultural, es decir que no son «naturales» sino que se han construido social e históricamente. Son diferencias derivadas de estereotipos, valores, prejuicios, culturas e instituciones, y también de un reparto desigual del poder entre hombres y mujeres. Y de las cuales se derivan, a su vez, nuevos estereotipos, valores, prejuicios, culturas e instituciones y también un reparto desigual del poder entre hombres y mujeres.

Estas diferencias de género son muy importantes y es fundamental tenerlas en cuenta, porque son las que mayoritariamente se dan entre mujeres y hombres y las que condicionan más directamente su felicidad y bienestar.¹

1. Sobre la definición de género y su pertinencia analítica un texto clásico y de referencia es Joan Scott, *Gender and the Politics of History*, Columbia University Press, Nueva York, 1998.

A veces hacemos un pequeño experimento cuando explicamos a nuestro alumnado esta visión estereotipada de las cosas. Les enseñamos dos fotos, una de un bombero uniformado en su sala de espera viendo la televisión con los pies en la mesa, y otra de una mujer cocinando con niños alrededor. Le preguntamos quién de los dos está trabajando y siempre nos sale un porcentaje muy elevado, ¡pero muy elevado!, que responde que quien está trabajando es el bombero. Sencillamente, porque el estereotipo establece que lo que se hace en el hogar no es «trabajo».

Es un estereotipo que ha calado tanto y tan profundamente que hasta los estadistas que definen los términos relativos al mercado laboral dicen que una persona, como sabemos casi siempre mujer, que dedica ocho, diez, o catorce horas diarias a cocinar, lavar, planchar, cuidar a sus hijos a sus padres o marido, a ir de compras, a arreglar la casa, etc., etc. es estadísticamente hablando población «inactiva».

Cuando para representar la imagen social del paro se pone una foto en la que solo aparecen hombres podemos decir que se ha invisibilizado a las mujeres. Y eso es también lo que exactamente ocurre cuando se dan cifras sobre los fenómenos económicos que no hacen referencia explícita a la situación desigual que afecta a las mujeres y los hombres. O cuando no se computa el trabajo que se hace en los hogares. O cuando se habla de los efectos de una determinada política sobre el bienestar y no se menciona que las mujeres y los hombres sienten sus efectos de modo muy desigual.

Por supuesto, esta invisibilización no es un fenómeno que tenga que ver solo con las diferencias relativas a mujeres y hombres. El discurso económico invisibiliza muchas otras cuestiones y muy a menudo. Sobre todo, la existencia de clases sociales, de grupos de población que tienen condiciones económicas, de ingresos o patrimonio muy diferentes y que, por tanto, también están afectados de muy desigual manera

por los problemas y las políticas económicas. Se habla por ejemplo de las subidas o bajadas de los tipos de interés en términos generales sin mencionar que su efecto es muy diferente según que una persona tenga un millón de euros en un depósito bancario o una deuda hipotecaria con su banco. O se da en los telediarios la información de las bolsas como si fuera de interés general cuando, en realidad, las familias a las que puede afectar que suba o baje la cotización de Iberdrola o del BBVA son una ínfima minoría.² Y eso por no hablar de cuando los medios y los políticos y economistas conservadores gritan al unísono que bajar los impuestos es lo que conviene «a la economía», como si toda la población estuviera en las mismas condiciones y tuviera las mismas posibilidades de pagarse la educación o la sanidad en servicios privados o de ahorrar lo suficiente para no necesitar pensiones públicas.

Al actuar de esta forma, el discurso económico oculta una realidad social fundamental: que los hechos económicos y las políticas económicas afectan de modo muy desigual a las diferentes clases, grupos o personas, porque cada una de ellas tiene condiciones diferentes.

En otros trabajos hemos tratado de analizar todo esto e incluso lo hemos hecho de modo general analizando la crisis económica reciente.³ En este libro queremos poner de manifiesto que cuando hablamos de la crisis, de sus efectos o de las medidas que habría que tomar para solucionarla es im-

2. Según la Encuesta Financiera de las familias, 2005 solo el 4,3% de los hogares de las dos decilas más bajas de renta tiene acciones cotizadas en bolsa, por un 35,7% de las superiores y el 11,4% del total de los hogares; solo el 8,7% tiene activos en fondos de inversión y solo el 1,7% de los hogares invierten en valores de renta fija.

3. Véase Juan Torres López y Alberto Garzón, *La crisis financiera. Guía para entender y explicarla*, ATTAC, Madrid, 2009 (también en pdf en www.altereconomia.org).

prescindible que hagamos referencia muy particular a la diferente situación en la que se encuentran las mujeres y los hombres a la hora de hacerle frente, al distinto grado de responsabilidad que han tenido en su generación. Eso requiere realizar un análisis de la crisis —desde la perspectiva *de género* que hemos mencionado— que nos permita sacar a luz las desigualdades entre mujeres y hombres que están en la base y sustentan el modelo económico, político y social que ha entrado en crisis.

Para ello, en primer lugar analizaremos los orígenes de la crisis poniendo de relieve que esta se ha producido en gran parte debido a la desigualdad social existente que, a su vez, tiene mucho que ver con la que se da entre mujeres y hombres. Después analizaremos cómo afecta la crisis a ambos y finalmente trataremos de aclarar en qué medida les están afectando las medidas que se adoptan, aparentemente, para «solucionar» la crisis. Terminaremos con propuestas sobre lo que pensamos que debería hacerse para darle respuestas que sean liberadoras para todos los seres humanos, sostenibles para que no vuelvan a darse estas perturbaciones y respetuosas con nuestro entorno natural.

El texto que viene a continuación es una ampliación de un trabajo previo que presentamos en la Conferencia Anual de la International Association for Feminist Economics (IAFFE) celebrada en Boston en junio de 2009, con el título «A feminist view of the financial crisis». Lo que ahora pretendemos con este texto más amplio sobre la crisis económica es profundizar y divulgar un tipo de análisis que nos parece que permite visibilizar fenómenos que se dejan de lado a menudo. Y, sobre todo, un enfoque de los problemas económicos en el que no solo cuenten los hombres, como tan habitualmente sucede, sino en el que contemos todos, única forma, además, de poder deducir luego políticas que sean efectivamente beneficiosas para todos y todas.

Si el libro sirve para entender mejor la crisis que estamos viviendo y que provoca tanto daño social y para comprobar que no vale el análisis económico que deja de lado las diferencias entre los grupos sociales y particularmente las que se dan entre hombres y mujeres como consecuencia de los estereotipos sociales y de la discriminación, habremos alcanzado cumplidamente el objetivo propuesto.

Sevilla, febrero de 2010